BOLETÍN

DE LA

BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO

AÑO IX. — ABRIL-JUNIO, 1927. — NÚM. 2

DESCUBRIMIENTO DE UNA LÁPIDA EN LA CASA DONDE VIVIERON Y MURIERON LOS HERMANOS MENÉNDEZ Y PELAYO

El día 20 del pasado mes de junio se celebró el acto de descubrir una lápida en la casa de la familia Menéndez y Pelayo. La Sociedad tenía hace tiempo la intención y el deseo de realizar este sencillo homenaje que hasta ahora no vió cumplido. Invitados por el Alcalde de la Ciudad y por la Junta de Gobierno acudieron todas las autoridades, Sociedades y gran número de Socios a la Biblioteca y desde allí se dirigieron al hotel contiguo. En la fachada del Oeste se había colocado una artística lápida, dibujada por el vocal de la Junta el Arquitecto don Elías Ortiz de la Torre, cuyo texto dice:

A LA GLORIOSA MEMORIA DE /
D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO /
Y A LA DE SU HERMANO
EL POETA D. ENRIQUE
QUE VIVIERON Y MURIERON EN ESTA CASA.
LA SOCIEDAD DE MENÉNDEZ Y PELAYO
DEDICA ESTE RECUERDO.
XIX DE MAYO DE MCMXXVII.

Después de llegar la comitiva frente a la lápida que estaba cubierta por la bandera nacional, el vocal de la Junta don Luis de Escalante leyó el siguiente discurso:

«La veneración que por los grandes hombres siente la humanidad, admiración que no es otra cosa que uno de tantos testimonios del natural acatamiento que toda criatura rinde a Dios, a quien plugó en su infinita sabiduría adornar a sus escogidos con excelsas cualidades que pregonen su omnipotencia, lleva a las gentes y a los pueblos a perpetuar esa admiración en monumentos que la proclamen.

Ahí, bien cerca de donde nos hallamos, se erigió no hace mucho tiempo el monumento que España entera consagró a la memoria del más preclaro hijo suyo de la pasada y de la presente centuria, monumento animado del espíritu del genio que aún parece alentar en esa Biblioteca, digno laboratorio de su ingente obra, obra que cada día revive con nuevos y lozanos brotes y que marca un camino seguro en el resurgimiento de los estudios patrios como luminosa estela que el sol trazara sobre los mares.

Debía también pregonarse para conocimiento de las venideras generaciones, que al lado mismo de esa Biblioteca moró y murió Menéndez y Pelayo como el soldado que ni en las horas de descanso pierde de vista el campo de batalla, siempre a ella apercibido, y a su pie halla la tumba gloriosa, y la Sociedad que de él toma nombre como signo de acatamiento a las enseñanzas del Maestro que la inspiran, ha querido perpetuarlo en la lápida que hoy se descubre.

Varia gente y de diversos idiomas y razas, repartida por el mundo todo, forma esta Sociedad de Menéndez y Pelayo, que allí donde se cultiva una rama cualquiera del saber que haga relación a cosas de España no puede prescindirse de las aportaciones que a la ciencia hizo el Maestro, pero forma además en esta Sociedad una legión de humildes admiradores, ajenos a todo estudio, entre los cuales me cuento, y que se recluta principalmente entre sus compatriotas y paisanos.

Orgullo, y orgullo grande y sano, es el que todos los santanderinos sentimos al recordar que Menéndez y Pelayo tuvo siempre a gala proclamarse santanderino. Es este amor, este apego a la tierra nativa, una de las características que se refleja constantemente, en medio de

su universalidad, en toda su obra, y que acaso no podamos comprenderla bien más que sus paisanos, por ser cualidad de todos los montañeses que alcanza a altos y a bajos, y constituye la idiosincrasia de la raza. No ya en poesías en que el tema parece pedirlo, como sucede en la admirable *Carta a sus amigos de Santander* con motivo de haberle regalado la biblioteca griega de Didot, o en la oda *La Galerna del Sábado de Gloria*, o en composiciones de ocasión, sino en cualquiera página de sus libros hojeados al azar se halla una manifestación de este prurito de montañesismo.

Basta citar, como ejemplo que ahora me viene a la memoria, el magistral *Tratado de los romances viejos*, donde expone ampliamente la leyenda del Conde Rodrigo González y hace constar, con verdadera delectación que se traduce en sus mismas palabras, que a éste dramático personaje le *llamaron nuestros historiadores montañeses el último señor de Cantabria,* y al citar para honra de la lealtad castellana los nombres de los tres fieles compañeros de armas que le siguieron en sus postreras andanzas y transportaron sus huesos desde Jerusalén a Castilla, advierte que uno de ellos, Roy González de Ceballos, era montañés y antiguo vasallo y cliente de Rodrigo.

En todo sentía como siempre sintieron los escritores montañeses y desde su juventud pudo hacer suyas aquellos versos de otro vate de la tierra, a quien ensalzó en magistral estudio, cuando cantaba:

¡Oh patria, amor primero del poeta,
si llega un día en que mi voz sonora
aplauda el mundo y a mi frente oscura
las ramas del laurel den noble sombra:
si me infunde su aliento soberano
el poderoso genio de la gloria,
tu venerado nombre al Universo
mi inspiración arrojará orgullosa.

Así lo hizo cuando la gloria excelsa coronó su frente: fué siempre su pensamiento para su dulce Cantabria y al pueblo de Santander, su patria, legó, como esculpido en mármoles se lee en ella, su biblioteca, única obra suya *de que estaba medianamente satisfecho,* según en memorable ocasión dijo a sus convecinos que se congregaban en este mismo sitio para rendirle en vida un homenaje análogo al que ahora tributamos a su memoria.

Cumpliendo una obligación sagrada de agradecimiento hoy se asocia a este acto la ciudad entera de Santander y digamos aplicando al caso sus palabras en la inauguración de la estatua de Pereda: «Quiera Dios que de esa Biblioteca, de esas piedras y de estos mármoles, surjan como enjambre de espíritus alados buenos pensamientos y buenas palabras, que fortalezcan todo propósito viril, toda acción generosa; que hagan germinar copiosa mies de ciencia y, lo que vale más, de sabiduría práctica, para que podamos legar a nuestros descendientes una herencia no indigna de la que nos dejó Menéndez y Pelayo.

Y al conmemorar que en esta casa vivió y murió don Marcelino Menéndez y Pelayo, ¿cómo no recordar al propio tiempo que bajo ese mismo privilegiado techo también moró su esclarecido hermano, el peregrino poeta Enrique Menéndez?

Enrique Menéndez no es astro que se ilumine con luz refleja, es estrella que brilla con luz propia en el firmamento de las letras patrias: es poeta que conquistó por su solo personal valer el alto sitial del Parnaso español en que se asienta, y al que se debe por rigurosa justicia el homenaje que hoy le tributamos.

¿Qué homenaje más característico y significativo que el de consagrar a la memoria del poeta su propio hogar, su propio jardín, donde vivió las horas tranquilas o penosas de su existencia, apegado a ellos como la hiedra al tronco? Porque Enrique Menéndez siempre tuvo el gusto de la casa, como nos lo asegura en el zaguán de sus *Interiores,* en el cual expuso buena parte de su estética. Son, como dicen los fotógrafos, «unos interiores de casa: lo más lejano que la máquina habrá enfocado será algún rincón del jardín que bien puede pasar por otro interior, y cuando así no fuere todos habrán de parecerse en ser interiores del espíritu, del verdadero y mejor hogar del hombre, de aquel que el cristiano, cumpliendo a un tiempo con la caridad y con la cortesía debe ofrecer a sus semejantes sin que imperfecciones ni pobreza le impida nunca decir: «aquí tiene usted su casa».

Esta es la casa que tan cordialmente ofrecía, este es el jardín que de ella formaba parte, esta es el alma y la persona misma de Enrique Menéndez que con ellos se compenetraba y unía en aquel tranquilo y oscuro goce «del que nace y se nutre la más perenne y consoladora poesía, que es como la hiedra que va cubriendo amorosa los

derrumbes y rasgones de nuestra alma, tapando la arista rota y el sillar removido, trabando de nuevo las piedras, empenachando al fin valiente y airosa el ruinoso palacio de nuestras ilusiones».

No se vaya a pensar que poeta tan recogido era ningún ogro, como él donosamente dijo, «antes bien, era persona muy sociable y efusiva, a quien placían la calle y las gentes, ver cosas extrañas y aprender novedades; por último hacer de vez en cuando variación en la vida común y diaria».

¡Y cómo lo sabemos bien todos los que a la sombra de estas tejas y de estos árboles hemos gustado en la más cordial de las amistades, los decires y rasgos peregrinos de aquel tantas veces regocijado ingenio y las pláticas de su selecta charla! Leed, leed a Enrique Menéndez, si alguno de los aquí presentes no lo hubieráis hecho, y en sus páginas hallaréis un trasunto fiel de su privilegiado espíritu; los que gozamos de su amistoso trato no acertamos a elogiarle todavía y sí solo a llorarle como le lloramos en aquellos instantes en que le plugo a Dios llamar a sí a aquella alma privilegiada.

El cantor de «Interiores», el apologista del «Rincón», el autor del «Idilio de Robleda» y de la «Golondrina», aquella mansa y primorosa poesía novelada de «A la Sombra de un Roble», de «Desde mi huerto», de «Romancero de una aldeana», del «Cancionero de la vida quieta», de las «Memorias de uno a quien no sucedió nada», aquí vivió su vida retirada, no solicitando en empeñada lucha los inconstantes favores de la veleidosa fama, pero tampoco desdeñándola, que ya él nos dijo:

Vidas que en algo se estiman
aunque apetezcan la fama
no han de ser en perseguirla
ladrones de encrucijada.

Llegue si fuere servida,
a honrar nuestra pobre casa
mas si pasase de largo
enhorabuena se vaya.

Y llegó, llegó la fama, y ella pregonó la gloria del poeta y ella incorporó al mundo de la poesía, que nunca se marchita, esta casa y este huerto.

¡Qué rincón, qué rincón más apacible, sugestivo e inspirador es este de nuestra ciudad! Sombras venerandas y prestigiosos recuerdos

pueblan estos parajes, esa biblioteca, esta casa, ese huerto de Enrique Menéndez, al que otro poeta de su misma escuela cantó en sentidas estrofas:

En tu huerto ciudadano
te inspiró una golondrina
volandera entre sus flores,
y en él escribió tu hermano
la historia más peregrina
de los viejos trovadores.
El humano vocerío
toma un dejo dulce y manso
al cruzar el huerto umbrío
como las aguas de un río
se aquietan en un remanso.
Arpegios de romancero
canta allí tu musa inquieta
aprendidos de tus labios;
¡oh jardín! eres lindero
de la casa de un poeta
y del taller de los sabios.

¡Gloria al sabio! ¡Gloria al poeta!, ramas frondosas de un mismo tronco, que caló sus raíces y absorbió su cristiana y vigorosa savia en las entrañas mismas de este bendito terruño patrio.

Don Rafael de la Vega Lamera, Alcalde de la Ciudad, pronunció después unas elocuentes palabras y descubrió la lápida.

A continuación, autoridades e invitados pasaron a inaugurar la nueva instalación de la Biblioteca Municipal, que ha sido costeada generosamente por doña María Luisa Pelayo.